

ANDRÉ ACIMAN

Harvard Square



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Índice

Portada

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

EPÍLOGO

Créditos

Notas

Para mi hermano Allan

PRÓLOGO

—¿Podemos irnos ya?

Era la primera vez que oía hablar así a mi hijo en las semanas que llevábamos juntos recorriendo universidades. Habíamos visto tres en el Medio Oeste y luego nos habíamos dejado caer por sendas universidades de humanidades en Nueva Inglaterra, Pensilvania y Nueva York. Estábamos ya en la última etapa de nuestro periplo universitario estival, en un rincón de Massachusetts que yo había conocido bien, y mi hijo había llegado al límite de su resistencia o simplemente había sufrido un ataque de nervios.

—No quiero estar aquí —dijo.

Yo le respondí que marcharnos no estaba en el programa.

—Desde luego que sí —repuso.

Bajé la voz para que no nos oyeran las familias que nos rodeaban en el centro de admisiones y le expliqué que no era conveniente marcharse antes del discurso de bienvenida. Pero desestimó mi argumento soltando un «Larguémonos» tan escueto como cortante. Cada vez había más visitantes en la sala de paredes de madera y gruesa moqueta.

—Por ejemplo, ahora —susurró, casi amenazando con levantar la voz.

—No lo entiendo —murmuré—. La mejor universidad del mundo y quieres irte. ¿Lo dices en serio?

Pero para él no tenía sentido discutir. Además, con sólo mirarme debió de comprender que yo no estaba dispuesto a pelear. Puede que me sintiera cansado o que ya estuviera harto de aquellas visitas guiadas. No esperó a verme ceder. Se levantó y recogió el folleto y la gorra de béisbol. No tuve más remedio que levantarme también, aunque sólo fuera para no cometer la torpeza de parecer enfadado con él

delante de la gente. Cuando me di cuenta, salíamos discretamente del centro de admisiones. Nuestros asientos fueron ocupados inmediatamente por otro padre y otro hijo.

Ya en el vestíbulo, donde se habían congregado más padres antes de entrar en la sala, oímos anunciar a una señora del personal de admisiones, con un ligero, risueño e informal gorgorito en la voz, probablemente destinado a transmitir amabilidad y confianza, que después de unas breves palabras de presentación, ella y sus colegas nos acompañarían a tal y tal sitio, luego a tal y tal otro, tras lo cual nos dirigiríamos a tal y tal lugar y nos detendríamos junto a tal y tal monumento conmemorativo, desde donde gozaríamos de una sorprendente vista panorámica de otro privilegiado rincón de Harvard. Me percaté en el acto de la cancioncilla de suficiencia con que nos estaban endosando un recorrido concienzudamente planificado que quería pasar por un placentero paseo improvisado, siguiendo un vulgar itinerario de rutina por otro campus universitario.

Mientras salíamos vimos entrar a más padres con candidatos en ciernes que se dirigían primero a recepción y luego directamente a la sala de reuniones.

Una vez en el patio aspiramos a pleno pulmón el aire matutino. Reconocí la creciente neblina que anunciaba el bochorno típico de los veranos en Boston.

Me di cuenta de que mi hijo estaba nervioso. Había visto una cara conocida en el patio. Los dos habían procurado evitarse. Al ver que no podían, el otro se había apresurado a emitir un gruñido que seguramente equivalía a un saludo cordial entre estudiantes de facultades rivales. Por lo menos ese joven conoce las reglas, me dije. En el aire flotaba una enemistad sorda y contenida, de modo que las opciones no podían haber estado más claras para todos, padres e hijos por igual: o jugabas la partida o te retirabas.

Abandonamos el edificio y atajamos por Radcliffe para dirigirnos al río. Tenía ganas de preguntarle por aquel repentino cambio de idea, por aquel deseo de marcharse.

Pero sabía que era mejor esperar a que el tema surgiera por sí solo. Por debajo de nuestro silencio palpitaba una tensión muy tangible que no podía desvanecerse. Luego, casi a modo de explicación que al mismo tiempo quería ser una disculpa, vaciló un momento y dijo:

–No estoy hecho para esto.

No supe a qué se refería con esto. ¿A nuestro periplo universitario, a las ciudades universitarias, a las funcionarias de admisiones, a las universidades, a las clases? ¿O se refería a los visitantes de universidad que exhibían hábilmente a sus retoños con miedo y orgullo disimulado, compitiendo entre sí por no parecer demasiado ávidos, demasiado inseguros ni demasiado domingueros para ser tomados en serio por el personal de admisiones? ¿O se refería a Harvard en particular? ¿O –posibilidad que me asustó de pronto– lo que realmente le fastidiaba era la idea de que le pidieran que le gustara la facultad porque me había gustado a mí?

Habíamos llegado el día anterior y habíamos estado ya en muchos rincones de Harvard: la Residencia Radcliffe, la Residencia del Río, tras lo cual lo había conducido por la majestuosa escalinata de la Biblioteca Widener, cuya sala de lectura principal recorrimos de puntillas. Me quedé allí un momento, sin moverme. Saltaba a la vista que echaba de menos la época que pasé allí como estudiante de posgrado. Una sala de lectura casi vacía durante un hermoso día de verano era todavía una de las maravillas del mundo, le dije cuando estábamos a punto de salir. Lo único que se le ocurrió fue proferir un anhelante pero no menos cortante:

–Supongo que sí.

Le enseñé los lugares donde había vivido: Oxford Street, Ware Street, la Residencia Lowell. ¿No le recordaba la Residencia Lowell un gran hotel de la Riviera de principios del siglo xx?

–Pero si es una residencia de estudiantes.

Le enseñé la ciudad sin dejar de preguntarme cómo sería

pasear con tu padre y verlo detenerse en lugares que nada podían significar para ti. Oír chismes sobre su vida de doctorando mucho antes de que conociera a tu madre y comprobar que no puedes ni quieres conectar con nada de aquello, que probablemente te sientes un poco culpable porque ni siquiera eres capaz de fingir esa chispa de interés que tu padre, por lo visto, quiere encender en tu ánimo. Todo lo que ve está bañado por las estancadas aguas de la nostalgia, y, a pesar de las sonrosadas mejillas de las cosas, el pasado siempre desprende ese desagradable y mustio olor de las cañerías viejas y las habitaciones mohosas que no se airean desde hace años. Quería hablarle de Concord Avenue y de Prescott Street, donde también había vivido; pero habría sido como decirle que se viniera a Dunster Street, a cortarse el pelo en mi peluquería predilecta. Me habría seguido la corriente, eso es todo. Pero para él no habría significado nada. Si se lo hubiera dicho, me habría replicado: *No necesito un corte de pelo.*

Le dije que conocía un sitio donde hacían unas hamburguesas estupendas.

—¿Estás seguro de que sigue allí?

Una vez más, actitud despectiva y un asomo de ironía en la voz. Ya me había oído decir que después de treinta años habían tenido que cambiar muchas cosas, quizá no el trazado de las calles ni la situación de los comercios, pero tal vez sí los comercios en cuanto tales, los toldos, las marquesinas, incluso el ambiente interior. Harvard Square era más pequeña, resultaba asfixiante, parecía abarrotada. También daba la impresión de que las cosas se habían movido un poco, se habían construido algunos edificios altos y el Harvard Square Theater, como tantísimos cines de todo el mundo, se había reducido y dividido. Ni siquiera la inmutable Coop —abreviatura de Sociedad Cooperativa Harvard, unos grandes almacenes situados en la misma plaza— era ya la misma; una sección relativamente grande se había transformado en tienda insignia y de recuerdos para visitantes.

Aún recordaba mi número de cliente de la Coop, y se lo dije.

–Sí, ya sé, ya sé –añadí en el acto para adelantarme a cualquier réplica suya–, sólo son unos grandes almacenes.

Como muchos padres que habían estudiado allí, yo quería que le gustara Harvard, pero sabía que era inútil insistir y temía que acabara detestando todo el centro. Una parte de mí quería que se identificara conmigo. No le haría gracia, como es lógico. También es posible que yo sólo quisiera volver a ser el de antes, pero a través de él. Eso le haría aún menos gracia. ¡Seguir los pasos de papá a modo de doble de papá que acude para expiar el pasado! Ya oía su respuesta: *Nadie piensa que una universidad sea eso.*

Quería compartir y recuperar con él todos los viejos momentos de postal: el día que crucé el puente bajo la nieve mientras los amigos corrían por el helado Charles y yo pensé: *Qué imprudentes*; la primera vez que entré en mi querida Biblioteca Houghton y esperé a que el bibliotecario me entregara el primer libro raro que solicité, uno de *Made-moiselle de Gournay*, la hija adoptiva de Montaigne; el envejecido rostro de mi añorado Robert Fitzgerald, que me enseñó mucho con pocas palabras; la última copa que tomé en el bar Harvest; hasta llegar a la terquedad con que me negué a ir a clase una fría tarde de noviembre en la que prefería acurrucarme en cualquier parte con un libro y dejar vagar la imaginación. Quería pasear con él por los adoquinados callejones que morían en el río y en un momento de magia sentir la belleza de ese mundo secreto que me había prometido tanto y al final me había dado mucho más. Los edificios, el aire de principios de otoño, el ruido de los estudiantes que entraban en clase todas las mañanas: ardía en deseos de que sintiera su llamada cargada de promesas.

Al final me armé de valor y le pregunté si le gustaba lo que había visto.

–Una barbaridad.

Pero inesperadamente dio la vuelta a la tortilla y me hizo

la misma pregunta. ¿Me había gustado estudiar allí?

Le dije que sí. Mucho.

Pero me di cuenta de que hablaba con los recuerdos.

–Aprendí a amar Harvard *después*, no *durante*.

–Explícate.

–La vida no era fácil –dije– y no me refiero a los estudios, aunque había que hincar los codos y el listón estaba muy alto. Lo difícil era vivir la vida que me ofrecía Harvard y negarme a pensar que podía ser un espejismo. Tenía problemas de dinero. Había días en que el margen que separaba el debe del haber no era una línea trazada en la arena, sino un abismo. Se podía mirar, incluso se podía oír la fiesta, pero no estabas invitado. –Lo que trataba de decirle era que me costaba mucho recordar si me habían invitado.

Yo era el extraño, el joven de la egipcia Alejandría, eternamente frustrado y deseoso de pertenecer a aquel raro Mundo Nuevo.

No quería pensar ni recordar el resto y mucho menos hablar de ello en aquellos instantes. Además, los *recuerdos durante* relativos a mis años en Harvard parecían estar aún en conserva, no necesariamente olvidados, sino como puestos en hielo, en espera de una época posterior en la que tuviese fuerzas y tiempo libre para repasarlos. Aquella no era la ocasión. Lo que deseaba en aquellos momentos era transmitir el mágico sentimiento de *después del amor*. Lo había atesorado todos aquellos años y me retrotraía a un tiempo que echaba mucho de menos, aunque sabía que ni por un instante desearía revivirlos. Puede que ese *después del amor* fuera lo que me había embarcado en aquel viaje de estaciones universitarias con mi hijo, porque suspiraba por pisar otra vez el suelo de Cambridge, con él como escudo, coartada y garantía.

¿Cómo explicárselo a un joven de diecisiete años sin destruir el desfile vertiginoso de imágenes que había compartido con él desde su infancia? Cambridge durante las tranquilas tardes de domingo; Cambridge durante las tardes

lluviosas con los amigos, o en medio de una ventisca, cuando las cosas transcurrían como de costumbre y los días parecían más cortos y festivos, y todos queríamos imaginar que había caballos amarrados que esperaban para llevarnos a los escenarios de *Ethan Frome*; la plaza abarrotada los viernes por la noche; Harvard durante las lecturas de mediados de enero: café, más café y el incesante repiqueo de máquinas de escribir por todas partes; o la Residencia Lowell durante los últimos días del período de lectura en primavera, cuando los estudiantes holgazaneaban durante horas en la hierba, hablando en voz baja, sus voces amortiguadas por los ruidos del inminente verano.

–Me encantaba –dije por fin–. Todavía me encanta.

Ya estábamos en la Coop.

–No preguntes si todavía conservan tu número –suplicó mi hijo, que sabía cómo funcionaba mi cabeza y no quería que lo pusiese en evidencia alimentando la nostalgia de tiempos pasados con algún empleado al que no habrían podido importarle menos.

Prometí no decir ni una palabra. Pero cuando adquirí dos camisetas, una para él y otra para mí, no pude contenerme.

–346-408-8 –dije.

Explicué al empleado que aún me acordaba del número porque lo repetía en voz alta cada vez que compraba tabaco en la Coop. Y en aquellos tiempos compraba una cajetilla o dos al día.

El empleado consultó su terminal y dijo que mi nombre no figuraba en su sistema.

Supuse que tampoco mi antiguo número de teléfono estaría ya a mi nombre.

Igual que algunos de nosotros, si no hacíamos nada con nuestra vida, íbamos a Cambridge, pasábamos unos años allí y luego nos íbamos de allí, y más tarde nos marcharíamos del planeta sin dejar rastro.

Aquello era *no figurar en el sistema*. No tuve más reme-

dio que preguntarme si había figurado alguna vez en el sistema.

Yo había sido de aquel lugar en otro tiempo, pero ¿alguna vez había sido mi casa? ¿O lo había sido y nunca había reivindicado que lo era? *No figurar en el sistema* abarcaba ambas posibilidades.

Mi hijo me estaba indicando con impaciencia que no trabara conversación con el empleado. Pero había algo en mi interior que se negaba a aceptar que no figurase en el sistema o que no hubiera figurado nunca. Pedí al empleado que lo comprobara otra vez y le repetí el número.

—Le pido disculpas, señor —masculló el joven—. Su número sigue estando con su nombre, pero tendrá que reactivarlo.

Así pues, figuraba en el sistema, pero inactivo, como un infiltrado o un espía, siempre dentro pero en los márgenes. A aquello se reducía todo. No lo deseaba para mi hijo.

Cuando nos acercábamos a Brattle Street me di cuenta de pronto de lo mucho y al mismo tiempo lo poco que había cambiado la manzana. El Brattle Theatre seguía allí, pero tenía una nueva entrada subterránea. También seguía allí el Casablanca, pero lo habían mutilado modificando el interior. Por último, el Café Algiers ya no estaba en la planta baja, sino arriba, aunque no habían cambiado su logotipo verde. Me quedé en la acera, delante de la vieja cafetería en la que había pasado años leyendo y en la que hacía un largo verano había conocido a una persona con la que había intimado lo suficiente para alterar el curso de mi vida, hasta el punto de haber estado en un tris de no ser el padre de mi hijo.

—¿Qué quieres decir con eso de «no ser mi padre»? —me preguntó el muchacho, que nunca había oído nada semejante y que estaba más que medianamente ofendido por lo que acababa de decirle.

No quería responderle, por un lado porque no estaba seguro de saber la respuesta, pero también porque deseaba evitar que pensara en cuánto tenía que contar con un terce-

ro a la hora de evaluar las contingencias y caprichos de la suerte.

–Hubo días en los que no estaba seguro de querer quedarme, días en los que yo también me quería largar. –Quería que supiera que sabía cómo se usaban sus verbos–. No me refiero sólo a Harvard, sino a Estados Unidos.

–¿Y?

–Entonces ni siquiera estaba nacionalizado y una parte de mí, sólo una parte, suspiraba por volver al Mediterráneo. El hombre del que hablo también era del Mediterráneo y también se moría por volver. Éramos amigos.

Seguía mirando el rótulo del Café Algiers y, sin proponérmelo siquiera, casi distinguía el chasquido de las fichas de backgammon que había oído hacía decenios. Solía dejarme caer por allí al dirigirme a casa, para encontrar luz y compañía al anochecer, porque había jornadas en que ningún otro sitio prometía ninguna de las dos cosas.

–¿Por qué querías irte?

–Por muchas razones. Había suspendido los exámenes generales. Dijeron que podía repetirlos, pero sólo una vez. Y quería irme para que no me echaran si volvía a pifiarla.

Pero aquello no eran más que palabras. Y no estaba seguro de querer contarle nada de aquella historia a una persona que ya lo estaba pasando mal para acostumbrarse a Harvard.

–Aprobé –dije tras una pausa–. Harvard fue generosa, incluso magnánima.

Pero no podía olvidar los días y las noches del Café Algiers ante el cual estaba porque aquella pequeña cafetería subterránea era entonces el único lugar de aquella parte del Atlántico que podía llamar mi casa. El olor a café turco, las canciones francesas que sonaban allí, la pirotecnia verbal de un tunecino al que apodaban Monsieur Kaláshnikov y el parloteo de hombres y mujeres que se congregaban a su alrededor cuando tomaba la palabra, incluso la pegajosa y húmeda madera de la pequeña mesa cuadrada que ocu-

paba yo y al lado de la cual colgaba un improvisado cartel de una playa desierta en una ciudad costera llamada Tipasa, con su mar turquesa siempre transparente y seductor, todo en aquella pequeña cafetería me recordaba un Oriente Medio que creía haber perdido y olvidado, y al que de pronto comprendía que no estaba dispuesto a renunciar. Por lo menos todavía no. No por Harvard, ni por Estados Unidos, ni por nadie, ni siquiera por los hijos que deseaba tener algún día. Yo no era como los demás habitantes de Cambridge, no era uno de ellos, no figuraba en el sistema, nunca había figurado. Cambridge no era mi casa, nunca podría serlo. Sus habitantes no eran mi gente y nunca lo serían. Aquella no era mi vida, no era mi lugar de nacimiento, ni siquiera era yo, no podía ser yo. Era el verano de 1977.

1

Cambridge era un desierto. Era uno de los veranos más calurosos que había visto en mi vida. A finales de julio por el día buscaba refugio en cualquier parte y por la noche no podía dormir. Todos mis amigos de los cursos de posgrado se habían ido. Frank, mi antiguo compañero de piso, enseñaba italiano en Florencia, Claude había vuelto a Francia para trabajar en la consultoría de su padre y Nora estaba en Austria haciendo un curso acelerado de alemán. Nora me escribía hablándome de Frank y Frank me escribía hablándome de Nora. *No tiene aún veinticinco años y está ya casi calvo.* Ella, según él, era una pánfila con baile de San Vito que debería dedicarse a voltear hamburguesas. Yo procuraba no tomar partido, pero en el fondo envidiaba el amor que se profesaban y temía que acabara disolviéndose, a veces más de lo que lo temían ellos. Uno me citaba a Leopardi, la otra a Donna Summer. Los dos habían tardado poco en encontrar pareja en el extranjero.

Los demás amigos que se habían quedado en Cambridge para dar clases de verano se habían ido también. Me llegaban postales de París, Berlín, Bolonia, Sirmione y Taormina, incluso de Praga y Budapest. Un amigo que también hacía cursos de posgrado estaba recorriendo la ruta de Petrarca, de Arquà a la Provenza, y me escribió que, al igual que Petrarca, iba a subir al monte Ventoux con unos colegas medievalistas. El año próximo, añadía en la postal con su apretada y minúscula letra, pensaba escalar el monte Snowdon, en Gales; debería ir con él, dado mi amor por Wordsworth. Otro amigo, ferviente católico, había ido en peregrinación a Santiago de Compostela. Los dos se reunirían en París y tomarían el mismo avión para llegar antes de

las clases de otoño. Echaba de menos a mis amigos, incluso a los que no me caían del todo bien. Pero les debía dinero y no me importaba que prolongaran la prórroga.

Los chicos que asistían a los cursos de verano se habían ido, al igual que los estudiantes extranjeros que todos los veranos acudían en manada para estudiar en Harvard. La Residencia Lowell estaba vacía y la verja de la entrada cerrada con cadena y candado. A veces, sólo de pensar que entraba y me quedaba en el patio principal rodeado de balaustradas, me bastaba para reactivar la fantasía de Europa. Podía llamar a la ventana de la garita y decir a Tony, el portero, que me abriese, por ejemplo porque necesitaba entrar en el despacho. Pero yo sabía que no iba a estar más de dos minutos allí dentro y no quería molestarlo.

Era otro Cambridge.

Como todos los años a mediados de verano, cuando los estudiantes y la mayoría de los profesores se habían ido, Cambridge empezaba a adquirir un carácter distinto, más amable, más de clase trabajadora. El ritmo se relajaba; el barbero salía de su establecimiento para fumar un cigarrillo, los empleados de la Coop se ponían a charlar, la camarera del Café Anyochka seguía sin saber si debía abrir la puerta de cristales o había llegado el momento de encender el destartalado aparato de aire acondicionado. Cambridge a principios de agosto.

Yo me quedaba todo el verano trabajando por horas en una biblioteca de Harvard. El salario era de pena. Para llegar a fin de mes daba clases particulares de francés. El alquiler se me llevaba todo lo que ganaba. Mis otras prioridades eran: comida, tabaco, una copa cuando podía. Cuando me quedaba a dos velas, lo cual ocurría inevitablemente a finales de mes, me ponía el traje y la corbata y me iba al club de profesores, donde comía a crédito rodeado de los docentes fijos y los dignatarios que estaban de visita. Había suspendido en enero los exámenes generales, pero aún me quedaba otra oportunidad. Leía libros para el se-